



Leo y el Mundo de Bloques Mágicos

Evelyn Jacqueline Figueroa Bahena



Leo el Creador, un niño con ojos brillantes y una sonrisa traviesa, vivía rodeado de ideas. En su habitación, montones de planos y herramientas de juguete esperaban el momento perfecto para cobrar vida. Soñaba con un mundo donde cualquier cosa que imaginara pudiera construirse, un lugar lleno de maravillas.



Un día, Leo encontró un bloque especial, pequeño y brillante, que parecía vibrar con energía. Era el primer ladrillo de su gran aventura. Lo sostuvo con cuidado, sintiendo una chispa de inspiración en sus manos.



Con curiosidad, Leo aprendió a unir ese bloque con otros, creando formas sencillas. Primero hizo un pequeño cuadrado, luego una casita y un árbol diminuto. Cada conexión era un descubrimiento, y su alegría crecía con cada nueva pieza.



Pronto, sus construcciones se hicieron más grandes y audaces. Un puente arcoíris se extendía por su mesa, y una torre tambaleante casi tocaba el techo. La imaginación de Leo no conocía límites, y sus creaciones eran cada vez más fantásticas.



Pero Leo quería más que solo formas. Descubrió que podía infundir magia en sus bloques. Con un movimiento de su varita mágica de juguete, algunos bloques flotaban, otros brillaban como luciérnagas, ¡y algunos incluso rebotaban como gelatina!



Con sus bloques mágicos, Leo construyó un mundo entero. Había un país de dulces con árboles de piruleta y casas de jengibre, y un bosque de setas gigantes donde los animales parlanchines jugaban al escondite. Todo era vibrante y lleno de alegría.



A pesar de su maravilloso mundo, Leo se sentía un poco solo. Miraba sus creaciones, tan llenas de vida, y deseaba tener a alguien con quien compartirlas. Un pequeño suspiro escapó de sus labios mientras observaba sus obras maestras.



De repente, una idea brillante iluminó su rostro. ¡Podía invitar a otros! Leo creó un portal brillante y reluciente, que zumbaba con energía. Era una puerta mágica hacia su mundo, esperando a ser descubierta.



Uno por uno, otros pequeños constructores, cada uno con su propio estilo y colores únicos, comenzaron a atravesar el portal. Traían consigo sus propias ideas y bloques, listos para unirse a la diversión de la creación. La alegría llenó el aire.



Ahora, todos jugaban juntos, construyendo cosas aún más grandiosas y sorprendentes. Leo sonreía, su corazón lleno de felicidad, al ver su sueño hecho realidad: un mundo de creación infinita y amistad duradera, donde la imaginación de todos se unía.